

**Ver los movimientos de población
desde el contexto más amplio
de la vida colectiva de la humanidad**

*Declaración de la Comunidad Internacional Bahá'í para la
Conferencia Intergubernamental para el Pacto Mundial sobre Migración*

MARRAKECH, Marruecos – 10 de diciembre de 2018

A lo largo de los siglos, los movimientos de población han permitido que las civilizaciones entren en contacto con las ideas y los avances realizados en otras partes del mundo, y que surjan sociedades enteras. Hoy en día, son uno de los medios por los que se consolidan continuamente los vínculos entre pueblos de diversos orígenes y constituyen un catalizador clave en el surgimiento de una comunidad mundial. Sin embargo, en su forma actual, los movimientos migratorios, a menudo provocados únicamente por la necesidad desesperada de los individuos de buscar un futuro viable en otro lugar, sacan a la luz la necesidad urgente de replantear la forma en que se organiza la humanidad.

El Pacto Mundial para la Migración Segura, Ordenada y Regular, de fecha 11 de julio de 2018, pone de relieve la necesidad de «Minimizar los factores adversos y estructurales que obligan a las personas a abandonar su país de origen». (Objetivo 2). En este sentido, no se exagera cuando se subraya la importancia de considerar los movimientos de población en el contexto más amplio de la vida colectiva de la humanidad y como un síntoma más de cuestiones mucho más profundas y trascendentales.

Un número sin precedente de personas en todo el mundo ha tenido que dejar sus hogares, huyendo de la guerra, la violencia y la persecución, y un número cada vez mayor de migrantes no tiene otra opción que abandonar los Estados vulnerables, las privaciones económicas y la degradación del medio ambiente para buscar una vida mejor en otro lugar. En el extremo receptor, estos movimientos han ejercido una enorme presión sobre determinados países que, siendo ellos mismos vulnerables y a pesar a pesar de la falta de medios, cargan con la mayor parte de los desplazados. Otros países también se han visto sometidos a tensiones sociales y políticas, y han sucumbido a los discursos del miedo y los prejuicios. Los gobiernos, arrastrados por la inmediatez de los desafíos, se sienten obligados a reaccionar adoptando políticas restrictivas o mostrando su liderazgo con respuestas rápidas y en general de carácter transitorio.

Resulta cada vez más evidente que esas formas de movilidad, causadas por la desesperación y la necesidad de sobrevivir, no pueden simplemente ser objeto de una solución política o humanitaria de conveniencia, ni pueden abordarse principalmente con la adopción de una u otra forma de política migratoria. La necesidad de una estrategia a largo plazo que aborde las causas subyacentes a la eclosión y persistencia de los movimientos migratorios jamás se ha percibido con mayor claridad que ahora.

Este planteamiento a largo plazo exige un diálogo de a gran escala, multidimensional, desapasionado y bien documentado sobre la cuestión de la migración. Este diálogo no puede pasar por alto el estudio de las estructuras, los sistemas y las actitudes sociales, políticas y económicas que sustentan y perpetúan el orden actual. Es

necesario que incorpore una reflexión sincera sobre la forma en que este orden se puede rediseñar para garantizar una respuesta adecuada a las necesidades de las masas de la población mundial que viven en situaciones de guerra, pobreza y opresión. Y lo que es más importante, debe basarse en la comprensión de la indiscutible interconexión de nuestras sociedades y la realidad de que la vida colectiva de la humanidad se resiente cuando un grupo piensa en su propio bienestar aislado del de sus vecinos.

Las implicaciones de lo anterior son inmensas y las razones que obligan a millones de personas a migrar son múltiples y complejas. Tomemos la pobreza, por ejemplo, solo para nombrar uno de los factores de los desplazamientos. Cualquier marco que pretenda abordar los movimientos causados por la falta de esperanza en un futuro viable, no puede soslayar la creciente disparidad económica que existe a escala mundial en la generación, distribución y utilización de la riqueza, la organización de las materias primas del mundo o la coordinación de los mercados. A fin de cuentas, no sería lógica la expectativa de reducir los factores de la migración mientras se desatiende la revisión de los procesos económicos que dejan a algunos países con pocas posibilidades de prosperar.

La situación descrita anteriormente no solo refuerza intensifica la desigualdad mundial, sino que además alimenta muchos de los conflictos contemporáneos que producen millones de refugiados y desplazados. Solo podemos aventurarnos a imaginar la profundidad y la complejidad que requiere cualquier diálogo que intente esclarecer los diversos coadyuvantes que contribuyen a la guerra, al terrorismo y a la violencia perpetrados en nombre de la religión. Por insuperable que parezca, ningún intento serio y responsable de abordar la situación de los refugiados puede disociarse de la cuestión más general de cómo frenar y superar el conflicto.

Aunque estos desafíos deben ser abordados colectivamente por todos, la naturaleza exacta de las cuestiones a las que se enfrentan las diferentes regiones del mundo obviamente diferirá. Algunos deben reflexionar sobre el efecto involuntario de sus políticas, ya sea en el ámbito exterior, comercial, de inversión o ambiental, en las condiciones socioeconómicas de los países de origen. Otros deben investigar cómo pueden erradicar, dentro de sus propios países, aquellos hábitos y pautas que alimentan los conflictos, profundizan el empobrecimiento y dejan a sus ciudadanos en la marginación y susceptibles a influencias negativas.

Por muy insuperable y poco realista que pueda parecer la tarea de reexaminar algunos de los fundamentos de nuestro orden actual, de no dársele la debida consideración, no existe motivo alguno para esperar que los aspectos no deseados de los movimientos de población no cobren un impulso mayor y se vuelvan insostenibles para todas las regiones del mundo. La idea de que las regiones, de una manera u otra, puedan no verse alteradas por la llegada de inmigrantes es una ilusión.

El debate mundial al que ha dado lugar el Pacto Mundial, y la conciencia colectiva que está fomentando, pone de relieve la capacidad incipiente de la comunidad internacional para evitar sucumbir a la afirmación acrítica de que el orden actual no se puede reformular. Ofrece una coyuntura prometedora para considerar los movimientos de población como íntimamente relacionados con las necesidades de un mundo cada vez más entrelazado interrelacionado, y para abrir el espacio a una consulta más amplia sobre las necesidades de una humanidad que inevitablemente avanza hacia la siguiente etapa de su vida colectiva.